

EL ECO DE ESTEPA

SEMANARIO DE INTERESES LOCALES, LITERATURA Y CIENCIAS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Estepa, un trimestre . . . 1'50 ptas.
Fuera de Estepa, un trimestre . . 2'00
Número suelto 0'15
Anuncios y comunicados, precios convencio-
nales.

Pago adelantado.

DIRECTOR, PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR.

ANTONIO HERMOSO CORDERO

calle Bobadilla, núm. 13

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Estepa, un trimestre . . . 1'50 ptas.
Fuera de Estepa, un trimestre . . 2'00
Número suelto 0'15
Anuncios y comunicados, precios convencio-
nales.

Pago adelantado.

Medite el General

Si conviene que el caudillo del ejército de Africa aparte un momento la vista de la cal de Sidi-Aguariach, y reconcentrando el pensamiento, reflexione sobre su situación y la de España.

Esas instituciones, por él con tanto cariño amamantadas, están jugando en el campamento de Melilla su existencia.

Como residuo funesto de una larga serie de Gobiernos más ó menos criminales, pero criminales siempre, puede haber quedado allá en el fondo del pueblo español cierto desaliento y amargura que le infunda tristes pesimismo y mate en su corazón el raudal antes henchido y opulento de inflamados entusiasmos. La energía y el vigor de la raza, con el ejemplo continuo del deshonor y la avaricia como móviles de la política imperante hace largo tiempo, han producido cierta anemia social que se manifiesta en la postración, flaqueza y desmayo de los órganos por donde antes se revelaba con vida exuberante el sentimiento nacional.

Los que hicieron de las Cruzadas, episodio en los demás pueblos, asunto perenne de su historia durante siete centurias y salvaron á Europa de la barbarie musulmana arrollando á los bereberes desde el Auseva hasta León, y desde Albelda hasta Pancorbo, Orbigo y Simancas, á los almoravides en Calatrava y en Jativa, á los almohades en el Muradal y las Navas y á los benimerines en Tarifa, y llegada la plenitud de su grandeza hicieron surgir de las espumas de los mares un nuevo continente, y con héroes que parecen seres mitológicos y aventureros y evangelizadores que tienen por obra de su fé algo de sobrenatural civilizaron ese mundo y le convirtieron en una colonia española; los que hicieron de Flandes pedestal sangriento de hazañas inmortales y recorrieron triunfantes el Oriente, domearon á Italia, vencieron á Francia, humillaron á Inglaterra, trocando el mar Mediterráneo en un lago español y aun en los comienzos de este siglo con esfuerzo de titanes clavaron en las bayonetas de los soldados de la Independencia las águilas napoleónicas, arrojándolas al otro lado de los Pirineos como el cónsul romano la cabeza de Asdrúbal á las avanzadas enemigas; esos, creólos el general Martínez Campos, han tenido sangre en las venas para

hacer dos guerras civiles en defensa del alcazar de sus tradiciones durante esta centuria, y por mucho que hayan degenerado, por grande que sea su desventura y terrible su caída, aun no están muertos, y no pueden tolerar que la imbecilidad política, aliada con la traición, bailen una especie de irrisoria danza macabra sobre lo que creen su sepulcro y no es más que el misero lecho donde duermen sus tribulaciones y pesadumbres.

No, no; España habrá bajado mucho, pero no tanto que su dignidad esté al nivel del Gobierno.

Si se nos quiere uncir al carro de la Triple Alianza, aun tenemos energía sobrada para aventar por los aires á los poderes que en un momento de locura traten de colmar nuestra desdicha lanzándonos ese ultraje como la suprema injuria de la fábula al león moribundo.

Jugar durante dos meses con la dignidad nacional, permitir que unas hordas de barbaros la escarnezan y la injurien, exigirle al pueblo con burla feróz que dé sus tesoros y sacrifique su mermada fortuna para vengar la afrenta, y cuando ha hecho con generosidad nobilísima más de lo que se pide para mandar un ejército, hacer que éste permanezca ocioso al frente del enemigo que se rie desdeñosamente de la burda diplomacia de ministros incapaces, ó que como única tarea levante un reducto y abra una cantina, eso... creólos el general Martínez Campos, que sabe comprender las ideas levantadas, no se puede sufrir aunque lo manden Austria y Alemania y lo quiera quien lo quiera.

El Ejército es de España, y no ha ido á Melilla á pasar una temporada acampando en un charco. Para no combatir, bien estaban los soldados en sus cuarteles y en sus casas. Para agregados diplomáticos de una Embajada son demasiados 25.000 hombres. Muley Araaf no lleva tantos de escolta cuando celebra conferencias.

Es preciso decidirse y decidirse pronto: ó el ejército ocupa el territorio de las kabilas para tratar de indemnizaciones después, ó regresa indignado á la Península en medio del silencio funeral que precede á las revoluciones.

No quedan más que esos dos caminos: ó la victoria ó la deshonra.

Si el primero produce la guerra entre las grandes potencias y hay quien no quiere dar pretexto para ella por motivos ajenos al inte-

rés de nuestro pueblo, entonces no queda más camino que el de la vergüenza, que será el de la expiación y el castigo.

España permanecerá cuando las actuales instituciones hayan marchado para no volver.

Medite, pues, el general el camino que va á seguir.

Si emprende la marcha por la vía real del honor pátrio, todos los partidos extremos trazarán á su alrededor una zona neutral adonde no lleguen más que los aplausos.

Si no se decide por esa senda, entonces debe regresar pronto de Melilla, porque quizá necesiten los batallones que manda para emplearlos en las ciudades que los despidieron entre aclamaciones frenéticas.

Por evitar la lucha con los rifeños, puede ser que haya que combatir con españoles.

¡La hora es salemne!

¡Medite el general!

M.

(De *El Correo Español*.)

LA GUERRA CRISTIANA

La guerra se ha de emprender invocando antes el nombre de Dios.

Esta máxima de Xenop-honte en su tratado de la *república lacedemónica*, debe tenerse presente y jamás debe olvidarse entre los pueblos cristianos.

Del Señor depende únicamente el feliz éxito de las batallas, porque el Dios de los ejércitos da la fortaleza, el ardimiento y el verdadero valor é infunde aliento en el ánimo de los guerreros. Del Señor provienen la cordura, la luz y los conocimientos que los jefes militares han de poseer de indispensable necesidad si han de llevar á una gloriosa victoria las fuerzas encomendadas á su dirección y á sus cuidados.

Los militares han de tener fé en la justicia de la causa que defienden con las armas en la mano; han de ser obedientes á sus jefes; han de guardar la fidelidad jurada á su bandera; han de hallarse dispuestos á dar su vida por la Patria, cuyo amor ha de predominar entre ellos al amor de sus propias existencias y todas estas prendas, sabido es, que no pueden conseguirse y conservarse á la altura del heroísmo sin el concurso poderoso de los celestiales auxilios y sin una gran dosis de sentimientos religiosos.

Así lo comprendió el pueblo de Dios, cuyos

reyes y príncipes invocaban con fervor la asistencia divina antes de entrar en batalla. Moisés levantaba sus manos suplicantes al cielo mientras en las llanuras se esgrimían los aceros contra los amalecitas; Josué suplicaba á Dios su protección antes de pelear contra los cananeos; el arca santa iba en medio de los ejércitos de Israel; Jeedon, Jephthé y Barac siguieron la misma línea de conducta.

David y los demás reyes piadosos de Judá no se separaron jamás de esta saludable práctica en los casos de guerras urgentes y peligrosas. Los invictos Macabeos alcanzaron victorias ruidosísimas del pérfido Antíoco invocando á cada paso el sacrosanto nombre de Jehová.

Uno levantaba la vista á lo alto diciendo: «He levantado mis ojos á las alturas de donde me ha de venir el auxilio;» otro decia: «Los enemigos confían en los carros y en los ginetes, pero nosotros en la invocación del nombre del Señor.»

La máxima de los libros sagrados es: «que la fortaleza no consiste en la multitud de los guerreros, sino que procede del cielo;» y que: «para Dios es igual librar batalla con muchos que con pocos soldados.» Tal era entonces el sentimiento predominante en toda la humanidad.

Los Troyanos confiaron la guarda de su ciudad querida al sagrado Paladión; los Griegos y los Romanos invocaron en parecidos casos á Palas, Hércules y á Júpiter Státor; los Fenicios y los Cartagineses ofrecieron sacrificios á los dioses infernales; y todos consultaban el vuelo de las aves y las entrañas de las víctimas para averiguar antes si los dioses les serían propicios en las batallas.

Lo mismo hicieron los Emperadores romanos de la época cristiana y los Césares del Sacro Romano Imperio que tuvieron sobre los gentiles la inmensa ventaja de invocar al verdadero Dios con el único culto y adoración de verdad.

Los españoles sabemos que las grandes glorias militares de nuestra historia patria se deben á esta piadosa práctica. Los Ramiros, Alfonsos, Fernandos y Jaimes iban á la guerra contras los mores acompañados de los Obispos, se preparaban con la asistencia de todo el ejército á la misa y á la sagrada comunión, é iban al combate denodadamente precedidos por la gloriosa enseña de la Cruz, como el Emperador Constantino por el portentoso lábaro de salvación. Estos eran los resortes mágicos y el secreto más poderoso de sus ruidosas victorias.

Al presente y en nuestra guerra de Melilla, el oficial elemento debe conservar estas hermosas y piadosas tradiciones de nuestros padres.

No confiemos solamente en el prestigio de nuestros generales, en el valor de nuestro ejército, en la disciplina y pertrechos de nuestras fuerzas, en la superioridad del número, en las explosiones de nuestro patriotismos,

confiemos más bien en la asistencia de Dios, invocándola nuestro ejército y nuestra Patria en público, colocando con nuestras públicas rogativas al valeroso ejército de la Patria bajo la inmediata protección de la Santísima Virgen nuestra excelsa Patrona, bajo las queridas advocaciones del Pilar, Monserrat, de la Antigua, de las Victorias y del tierno título de los Desamparados y la victoria sobre los sarracenos será segurísima.

Animo, pues, y ¡á ellos! Con tales precedentes el ejército español hará morder el polvo á los sectarios del Korán, rendirá la Media Luna al poder de la Cruz y dará nuevos días de lustre y esplendor á nuestra amada Patria.

K.

Variedades

HOJAS SECAS!

(CONCLUSIÓN)

De esto pasó un año; ¿qué sucedió durante ese año?

Hélo aquí:

Una tarde de primavera, padre é hija tomaban el café en una de las grutas del jardín.

Violeta había palidecido un tanto desde que la vimos por primera vez, pero esto, en vez de desfigurarla, la hermozeaba. El buen Lord, mirando picarescamente á su hija, le dijo:

—¡Vamos! al fin y al cabo me he tenido que convencer que eres hermosa.

—¿Sí, papá? ¡Vaya, qué nueva!

—¿Lo sabías?

—Mucho tiempo ha; pero á ti, ¿quien te lo dijo?

—¿Qué diría mi Violeta si me la quisieran llevar? preguntó el padre, desentendiéndose de la pregunta de su hija y mirándola con fijeza. Ella se puso más pálida aún.

—No te entiendo papá, dijo, tratando de disimular su confusión.

—¿No me entiendes? pues bien, me explicaré.

Ayer vino Maine á pedirme tu mano para su hijo, el cual te será presentado dentro de poco, ¿qué te parece?

A mí me agrada este enlace, y como tú no has salido jamás de este castillo, supongo que serás libre, y además, conociendo á Maine, estoy seguro que te agradará.

Violeta, durante esta conversación, había palidecido notablemente, y dos ó tres veces su cara se contrajo con expresión de grande amargura.

Cuando su padre acabó de hablar, se paró lentamente y le dijo.

—Padre, permite que reflexione.

Sin más atravesó el jardín y apretándose el corazón con ambas manos, llegó á su cuar-

to, un cuartito todo blanco, que oía á rosas, y se echó sollozando en una silla.

Cuando se hubo repuesto un tanto, se dirigió á su escritorio y principió á escribir, primero con exaltación, pero luego se calmó y escribía despacio, al mismo tiempo que amargas lágrimas caían sobre la carta. Estaba dirigida á Lord Malvern.

IV

Las hojas caen lentamente, estamos en el principio del otoño y los grandes árboles de un hermoso bosque de castaños que se mecen majestuosamente, dan sombra á una tumba sobre cuya lápida se lee:

«LORD MALVERN»

(R. I. P.)

Sentada á los piés de aquella tumba hay una mujer, una mendiga; indudablemente es joven, pero el sufrimiento la ha envejecido; lentamente levanta la cabeza y sus lánguidos ojos negros, llenos de lágrimas, contemplaron por un momento la caída de las hojas, y murmuró dulcemente: ¡Padre mío! y cayó sobre la tumba.

¡Las hojas caen!

(De *El Tiempo Ilustrado*, Méjico)

LA EXCEPCION

—Yo os juro—dijo el elocuente mundano Miguel Suarez á los cuatro amigos que con él departían en un *comfortable* rincón del Club amenizando la conferencia con sendas copas del Champagne más seco—yo os juro por todas las estrellas fijas y errantes del firmamento, por todos los soles, planetas, satélites, cometas, constelaciones, nebulosas, aerolitos, bólidos y demás inquilinos de la inmensidad, que no tengo que ver nada con esa mujer.

—Mucha astronomía es esa para que te creamos—contestó el gran *sportman* Pablo Rizo. Y el caústico vizconde del Soto dijo á su vez:—Madrid entero dice lo contrario, y ya sabes que Madrid es infalible. Y Alvarez, el gentil capitán de artillería, añadió: Su discreción es absurda. Si aquí hemos de ser discretos, rompamos filas.

—Pues todavía os juro más—prosiguió Miguel, apurando la espuma y el líquido de su honda copa.—Todavía os juro que no solo no existen, sino que jamás han existido entre esa mujer y yo relacionessérias y positivas.

—¡Vaya, haznos el favor de irte á pasear!

—Farsante!

—¡Trovador!

Y resonó una triple carcajada.

—Señores—observó en esto Juan Peña, el ingeniero más buen mozo y correcto de su promoción—señores, yo tengo algún motivo para creer que la mitad de lo que Alvarez dice es cierto.

—¿Y qué mitad es esa?

—La primera, el juramento del principio.

Oídme. Anoche supe yo de buena tinta que la bella Martina, esposa abandonada por el marido más loco de nuestra generación, aborrece á nuestro astrónomo. Y justamente he venido aquí hoy para contártelo, Miguel. ¿Me autorizas para que extienda el relato á estos señores?

—Cuenta lo que quieras.

—Pues anoche fui, como de costumbre, á la recepción semanal de la de Ancos, y vi á Martina, que estaba más bella que nunca, con su traje blanco de escóte cuadrado, sus zapatitos blancos y liliputienses, y blancas perlas en su cuello de cisne y en sus torneados antebrazos. Me acerqué, como era justo, á felicitarla por tanta blancura, y hablamos. Hoy no ha estado usted en paseo, me dijo. No, repuse, he cazado en El Pardo con nuestro amigo Suarez, y hemos vuelto al anocheecer.

¿Y sabéis lo que me replicó entonces? Pues entonces me dijo: ¡Ah! sí, Suarez. Mucho tiempo hace que no veo á ese imbécil. — Y se fué á sentar á una mesa de tresillo. Qué opináis del adjetivo? Se puede y se debe creer que una mujer que llama á un hombre malvado, le ama; pero cuando le llama imbécil, esa mujer es su enemiga por razones especiales, y entre esa mujer y ese hombre nada serio puede existir. Miguel, pues, ha dicho verdad, sin duda, respecto al presente. Ahora que nos diga, como es su obligación, lo que al pasado atañe, lo que ha hecho á Martina para que así le calumnie.

—Sí, sí; que te lo digo.

—Habla, embustero á medias.

—«Discolpati, Radamés.»

Suarez, sonriendo con cierta sonrisa amarga, contestó en estos términos:

—Imbécil; sí; esa es su palabra, y no es la primera vez que me la aplica. Sólo que primeramente me la dijo en persona y cara á cara. Y vais á saber cómo y cuándo, y con esto sabréis que mis dos juramentos han sido verdaderísimos.

La historia subsiguiente se preparó con otra libación colectiva, después de la cual Miguel continuó:

—Ya que el legítimo derecho de la propia defensa me obliga á decirlo, sabed que esa mujer ha sido lo que puedo llamar mi «excepción», el capítulo blanco y sencillo de mi historia amorosa... Bella como una sílfide, y desgraciadísima, mi opinión, á pesar de su belleza y de su riqueza, yo sentí por ella—«¡n aliesto il ciell!»—un gran movimiento de corazón, una cosa nueva para mi complexión, una pasión sin deseo, ¡qué queréis! El hombre no es completo por fuerte que sea, y á mí me llegó, con mi súbita afición á esa hermosura, mi cuarto de hora de debilidad. Y la amé, y se lo dije, y creí que me había hecho amar de ella, pero sin exigirle nada, limitándome á tratarla, á admirarla y á darla cuando algún triste incidente de su posición lo exigía los consejos de una sensatez que á mi mismo me asombraba. Había tenido un centenar de diablos y quise te-

ner un ángel. Después de todo, la adquisición era original, y hasta en este sentido me halagaba. Ocurrió, sin embargo, que un día... ¡pero esta botella está exhausta! ¡Casa!...

Hubo otra libación unánime y Suárez prosiguió:

—Un día, al amanecer, es decir á la hora que amanecía para todo hombre que se estima ó sea entre diez y once, entró mi criado en mi dormitorio, medio dormido él también, y me despertó y me dijo que había en el salón una señora, con un velo negro sobre la cara, que deseaba hablarme y parecía muy agitada. La novedad de este detalle me sorprendió, salté del lecho, me puse la bata y salí... era ella; ella, que había saltado también del pedestal de pureza en que yo la adoraba; ella; que cansada de sufrir según me aseguró, y cansada, según yo comprendí, de mi cadetil respeto, venía, por encima de la opinión y del mundo entero, á jugarse el todo por el todo en mis brazos, con la heroica seguridad de perder.

—¡Bien hablado!—interrumpió el artillero.

—¡Silencio!—grito el ingeniero.

Oigamos el final.

—¿Pero pasó más que pueda contarse?—preguntó el vizconde.

—Sí—dijo Miguel—pasó que, contra todo lo que debía pasar aquel grave arranque de mi deidad me llenó de una mortal tristeza; y pasó que, tomando la mano de mi sílfide, que besé religiosamente, la dije que aquello era una demencia que yo no podía, ni quería consentir; y pasó que, sin soltar su mano de blanco alabastro, la llevé yo mismo hasta la puerta del piso que habito, la puse yo mismo sobre el ideal semblante el tupido velo que había levantado al verme, y la despedí diciéndola:—Adios, ángei mío, hasta luego.—A lo cual me contestó con una voz concentrada, que no parecía la suya:—Adios, imbécil, hasta nunca.—Y, en efecto, no he vuelto á verla más. Y esto es todo lo que me ha pasado con esa mujer. ¿Qué decís de ello?

—¡Imbécil!—exclamaron cuatro bocas á un tiempo.

S. LOPEZ GUIJARRO.

Noticias

La Guerra del Nizan, encantadora novela de Mery, acaba de ser puesta á la venta por EL FOLLETIN al precio de una peseta cincuenta céntimos. Tiene 384 páginas, y á los suscriptores les ha salido á 48 céntimos en Madrid y á 72 en provincias. Fuencarral, 119.

* *

Leemos en el *Boletín de Comercio*:

«Se ha recibido en el Ministerio de Estado una letra de Londres, por valor de 33.714 pesetas 25 céntimos, que remite el Comité constituido en Londres

para allegar recursos en favor de las víctimas de la catástrofe de Santander. Preside aquel Comité el distinguido y acaudalado Sr. Marqués de Mina, alma noble, abierta siempre en favor de la desgracia de su patria.

No hay suscripción que allá se abra en favor de un español, en que no figure siempre como el más espléndido el hijo de la villa de Bayona en Galicia, primer extractor hoy en Jerez, á cuya ciudad ha representado en el Congreso y en el Senado. Los demás individuos del Comité, que tanto se han esforzado por aumentar la cifra de la suscripción, son los Sres. D. Pedro Galindez, el conde de Torre Diaz, D. Antonio Regidor Dorado, el marqués de la Granja de San Saturnino y D. Joaquin de Soria. Ellos y los demás suscriptores merecen reconocimiento por su caridad.»

* *

La palabra «beduino» significa en árabe «el que vive en despoblado», y así llámase beduino á los árabes que moran en el desierto ó en lugares solitarios, que se sustentan con el merodeo y con frecuencia despojando á los infelices viajeros. Para atravesar el desierto, para ir desde la península del Sinai á la Palestina, necesitan las caravanas llevar consigo medios de defensa, á fin de librarse de los beduinos, yendo armados los hombres que las componen, ó escoltándolas fuerzas turcas de cualquier procedencia. Los beduinos son gentes acostumbradas á las mayores fatigas. No les espanta el ardoroso sol del desierto ni las nubes de arena que levanta á veces el viento, sepultando á hombres, camellos y tiendas. Los beduinos son los que atemorizan á los pacíficos habitantes de la Tierra Santa.

CHARADA

Primera, artículo
segunda, letra;
y el todo es nombre
de un gran poeta.
Eres un bobo
si no lo aciertas.

V.

La solución en el número próximo.

Solución á la charada del número anterior:

PAR-DIEZ

SE VENDE

La obra, «Revolucion francesa» por Tihers. La del Consulado y El Imperio, que es continuación de la anterior, por el mismo autor. Forman ambas obras, 22 tomos encuadernados en pasta y se darán muy baratas. Además un «Diccionario de Agricultura», en 7 tomos de gran tamaño, también encuadernado en pasta.

En la Admón de este periódico darán razón.

ESTEPA.—Imp. del EL Eco, á cargo de A. HERMOSO

LA ASUNCIÓN

FÁBRICA DE GASEOSAS

DE

MIGUEL BORREGO FERNÁNDEZ

CASTILLEJOS, 22—ESTEPA.

Esta casa, agradeciendo la buena acogida que el público le dispensó en la anterior temporada, no ha omitido en la presente gasto ni sacrificio alguno para que las bebidas gaseosas que elabora puedan competir en bondad con las mejores fábricas de España. Al efecto, no solo cuenta mejores componentes para la fabricación sino con aparatos reformados según los últimos adelantos, adquiridos en las acreditadas casas MONDO I E, ELI CLIQUET de París y RYLANDS de Londres. Lo expuesto, unido a la baratura que ofrece en sus bebidas, hace suponer que el público seguirá desmostrándole el favor, siem pre creciente, con que se brindó desde su instalación.

PRECIOS.—1'50 pesetas docena en la fábrica.—1'75 pesetas docena fuera de la población; siendo de cuenta de la casa el trasportarlas al punto donde se desee.

También se expende AGUA DE SELTZ, al ínfimo precio de DIEZ CÉNTIMOS botella.

NOTA—Al no devolver los cascos, se abonará a esta casa su valor.

FABRICA DE GASEOSAS

TITULADA «LA ASTAPENSE»

DE

D. CARLOS LLAMAS Y MUÑOZ.—ESTEPA

Las gaseosas de esta fábrica compiten con las de las mejores, debido, no solo a las buenas máquinas con que cuenta y al empleo de excelentes materias, sino también a los procedimientos que se siguen para su elaboración.

CLASES.—Las hay de zarzaparrilla, naranja, fresa, limón, cidra, cerezas, fram-buesa, grosella, melocotón, peras, piña, plátano, agua de Seltz, y se fabrican de cuantas clases se deseen.

PRECIOS.—1'50 ptas. docena en fábrica 1'75 y ptas. tras'adándolas al punto que se designe.—Las botellas son de tapón automático. Sistema Rylands. — Al no devolver los cascos se abonarán 50 cént. por cada uno.

Papeles de todas clases, sobres, libros en blanco y rayados, libretas, facturas, tarjetas, todo bueno y barato. En la imprenta de Antonio Hermoso, Estepa.

LA ESTACIÓN.

PERIODICO DE MODAS PARA SEÑORAS

Dos ediciones quincenales.

Edición económica,—24 números con más de 2000 grabados al año, conteniendo modelos de toda clase de prendas de

vestir para señoras, señoritas, y niños; ropa blanca, canastillos, canastillas, ropa de cama servicios de mesa, de tocador etc. y además toda clase de labores, de señora.

12 hojas de patrones trazados, conteniendo, además de una infinidad de iniciales, cifras y alfabetos, 200 patrones de tamaño natural y más de 400 dibujos para bordados y labores a la aguja etc.

Precio de suscripción: Tres meses Ptas. 3'50; Seis meses Ptas. 6'75; Un año Ptas. 13.

Edición de lujo —Contiene los mismos elementos que la Edición económica y además 36 figurines iluminados.

Precio de suscripción: Tres meses Ptas. 5'75; Seis meses Ptas. 11; Un año Ptas. 21.

Se suscribe en la Librería Gutenberg, Principe, 14, MADRID.

AGUA DE SELTZ

Tiene una acción especial sobre el estómago, al cual fortifica sin irritarlo, cuyo estado espasmódico calma.

Es excelente para apagar la sed, las gastralgias, diarreas biliosas, vómitos espasmódicos, afecciones nerviosas, quemaduras, y para combatir el mal de piedra.

Se vende en la Farmacia de D. Carlos Llamas.—Castillejos, 6.—ESTEPA